



La religión de la humanidad¹

Sri Aurobindo

Una religión de la humanidad puede ser o bien un ideal intelectual y sentimental, un dogma vivo con efectos intelectuales, psicológicos y prácticos, o bien una aspiración espiritual y una norma de vida, en parte la señal, en parte la causa de un cambio de alma en la humanidad. La religión intelectual de la humanidad hasta cierto punto ya existe, parcialmente como un credo consciente en las mentes de unos pocos, parcialmente como una potente proyección en la conciencia de la raza. Es la proyección de un espíritu que aún no ha nacido, pero que está preparando su nacimiento. Este mundo material nuestro, además de las entidades plenamente encarnadas del presente, está poblado de poderosas sombras, espectros de cosas muertas y el espíritu de cosas que aún no han nacido. Los espectros de las cosas muertas son realidades muy cargantes y ahora abundan, espectros de religiones muertas, de artes muertas, de moralidades muertas, de teorías políticas muertas, que aún pretenden ya sea mantener sus cuerpos en descomposición o animar parcialmente el cuerpo existente de las cosas. Repitiendo obstinadamente sus fórmulas sagradas del pasado, hipnotizan mentes retardatarias y amilanan incluso al sector progresista de la humanidad. Pero existen también esos espíritus no natos que aún son incapaces de tomar un cuerpo definido, pero que ya nacieron en la mente y

¹ Este es el capítulo 34 del libro *El ideal de la humanidad*, según aparece publicado en: *The Human Cycle, The Ideal of Human Unity, War and Self-Determination*. The Ideal of Human Unity, Part II: Chapter XXXIV, The Religion of Humanity, p. 564-570 [The Complete Works of Sri Aurobindo, vol. 25, Sri Aurobindo Ashram Trust, 1997].

existen como influencias de las que la mente humana está consciente y a las que ahora responde en un estilo errático y confuso. La religión de la humanidad nació para la mente de los pensadores racionalistas del siglo XVIII, quienes la presentaron como un sustituto para el espiritualismo formal de la cristiandad eclesiástica. Ella trató de darse a sí misma un cuerpo dentro del positivismo, el cual fue a su vez un intento por formular los dogmas de esta religión, pero sobre una base demasiado pesada y severamente racionalista para ser aceptada incluso por una Edad de la Razón. El humanismo ha sido su resultado emocional más prominente. La filantropía, el servicio social y otras actividades relacionadas han sido la expresión manifiesta de sus buenas obras. La democracia, el socialismo y el pacifismo son, en gran medida, sus derivados o al menos deben mucho de su vigor a su presencia interior.

Su idea fundamental sostiene que la humanidad es la divinidad que debe ser adorada y servida por el hombre y que el respeto, el servicio, el progreso del ser humano y de la vida humana son el deber principal y el objetivo principal del espíritu humano. Ningún otro ídolo, ni la nación, ni el Estado, ni la familia, nada más debe tomar su lugar; todos ellos son dignos de respeto únicamente en cuanto son imágenes del espíritu humano y enaltecen su presencia y ayudan a su automanifestación. Pero allí donde el culto de estos ídolos busca usurpar el lugar del espíritu y hace demandas inconsistentes con su servicio, estos deben dejarse a un lado. Ningún precepto de viejos credos, religiosos, políticos, sociales o culturales, es válido cuando contradice los derechos del espíritu. Incluso a la ciencia, a pesar de ser uno de los principales ídolos modernos, no se le debe permitir hacer exigencias contrarias al temperamento ético y a sus fines morales, pues la ciencia sólo es valiosa en cuanto contribuye y sirve mediante el conocimiento y el progreso a la religión de la

humanidad. La guerra, la pena de muerte, la destrucción de la vida humana, la crueldad bajo todas sus formas ya sea cometida por el individuo, el Estado o la sociedad, no sólo la crueldad física, sino la crueldad moral, la degradación de cualquier ser humano o de cualquier clase de seres humanos bajo cualquier dudosa invocación o en nombre de cualquier interés, la opresión y la explotación del hombre por el hombre, de una clase por otra, de una nación por otra y todas esas costumbres de la vida e instituciones de la sociedad de un tipo similar a los que la religión y la ética antes toleraban o incluso cuya práctica favorecían, sea lo que sea que puedan hacer en su norma o credo ideal, son crímenes contra la religión de la humanidad, abominables para su mente ética, prohibidos por sus principios básicos, siempre han de combatirse, en ningún grado han de ser tolerados. El hombre debe ser sagrado para el hombre, independientemente de toda distinción de raza, credo, color, nacionalidad, estatus, posición política o social. El cuerpo del hombre debe ser respetado, preservado de la violencia y el ultraje, fortalecido por la ciencia contra la enfermedad y frente a una muerte evitable. La vida del hombre debe considerarse sagrada, ser preservada, consolidada, ennoblecida, exaltada. El corazón del hombre debe considerarse sagrado también, dársele campo de acción, protegerlo de la profanación, de la opresión, de la mecanización, librarlo de influencias empequeñecedoras. La mente del hombre debe ser liberada de todas las ataduras, permitírsele libertad y alcance y oportunidades, dársele todos los medios de auto-entrenamiento y autodesarrollo, y organizar el juego de sus poderes al servicio de la humanidad. Y además todo esto no debe considerarse como una abstracción o como un sentimiento piadoso, sino ser reconocido práctica y plenamente en la persona de los hombres, de las naciones y del género humano. Tal es, en líneas generales, la idea y el espíritu de la religión intelectual de la humanidad.

Basta comparar la vida, el pensamiento y los sentimientos del hombre de hace uno o dos siglos con la vida, pensamiento y sentimientos del hombre de antes de la primera guerra mundial para ver la gran influencia que ha ejercido esta religión de la humanidad y el fructífero trabajo que ha hecho. Ella llevó a cabo con rapidez muchas cosas que la religión ortodoxa fue incapaz de concretar, sobre todo porque actuó constantemente como un disolvente crítico e intelectual, un adversario implacable de lo que es, un campeón inquebrantable de lo que será, siempre fiel al futuro, mientras que la religión ortodoxa se alió con las potencias del presente e incluso del pasado, se encadenó a un pacto con ellos y sólo pudo actuar en el mejor de los casos como una fuerza moderadora y no como una fuerza reformadora. Más aún, esta religión tiene fe en la humanidad y en su futuro terrestre y en consecuencia puede ayudar al progreso humano en la Tierra, mientras que las religiones ortodoxas miraban la vida terrenal del hombre con ojos de piadoso dolor y aflicción y se apresuraban a invitarlo a soportar quieta y resignadamente —incluso a darles la bienvenida a— sus crudezas, sus crueldades, sus opresiones, sus tribulaciones como un medio para aprender a apreciar y a merecer la mejor vida que nos será dada en el más allá. La fe, incluso una fe intelectual, siempre debe ser una trabajadora de milagros, y esta religión de la humanidad, aún sin haber tomado forma corporal ni apariencia militante o un medio visible de autorrealización, fue sin embargo capaz de efectuar en gran parte lo que se propuso. Hasta cierto punto humanizó la sociedad, humanizó la ley y el castigo, humanizó la actitud del hombre hacia el hombre, abolió la tortura legal y las formas más crudas de esclavitud, levantó a los deprimidos y reivindicó a los humillados, le dio grandes esperanzas a la humanidad, estimuló la filantropía y la caridad y el servicio a la humanidad, alentó por doquier el deseo de libertad, puso un freno a la opresión y redujo

considerablemente sus manifestaciones más brutales. Casi tuvo éxito en humanizar la guerra y quizás lo habría logrado del todo de no haber sido por la tendencia opuesta de la ciencia moderna. Hizo posible que el hombre concibiera que un mundo sin guerra era imaginable sin tener que esperar la Edad de Oro cristiana. En todo caso, el cambio que se produjo fue tal que, mientras la paz solía ser un raro interludio en medio de una guerra constante, la guerra se convirtió en un interludio, si bien un interludio bastante frecuente, en medio de una paz, si bien hasta ahora sólo de una paz armada. Ese puede que no sea un gran paso, pero es, de todas maneras, un paso hacia adelante. Ella aportó nuevos conceptos sobre la dignidad del ser humano y abrió ideas y perspectivas nuevas para su educación, su desarrollo y sus potencialidades. Ella impartió luz; hizo al hombre más sensible a su responsabilidad frente al progreso y la felicidad de la especie; elevó el nivel promedio del respeto de sí y de las capacidades de la humanidad; le dio esperanza al siervo, autoafirmación al oprimido e hizo del trabajador, en su condición de hombre, un igual en potencia del rico y del poderoso. Ciertamente, si comparamos lo que es con lo que debería ser, lo alcanzado hasta hoy con el ideal, todo esto nos parecerá un exiguo trabajo de preparación. Pero fue un récord notable para un siglo y medio o un poco más y para un espíritu desprovisto de cuerpo que tuvo que trabajar con los instrumentos que pudo encontrar y que aún no tenía ni forma, ni habitación ni motor visible que le permitiera una acción concentrada. Aunque quizás fue en ello que residió su poder y su ventaja, dado que la salvó de cristalizarse en una forma y de petrificarse o por lo menos de perder la mayor libertad y sutileza de su acción.

Sin embargo, para hacer realidad todo su futuro esta idea y religión de la humanidad debe volverse más explícita, más insistente y más categóricamente imperativa. De lo contrario sólo actuará con claridad en las mentes de unos

pocos y con las masas será apenas una influencia modificadora, pero no se convertirá en la norma de vida humana. Y en tanto que esto sea así, ella no puede prevalecer por completo sobre su enemigo principal. Este enemigo, el enemigo de toda religión real, es el egoísmo humano, el egoísmo del individuo, el egoísmo de clase y el de la nación. Durante un tiempo ella pudo suavizarlos, atenuarlos, forzarlos a frenar sus manifestaciones más arrogantes, abiertas y brutales, obligarlos a adoptar mejores instituciones, pero no a abrirle espacio al amor de la humanidad, ni a reconocer una unidad real entre los hombres. Pues tal debe ser esencialmente la meta de la religión de la humanidad, al igual que debe ser la meta terrestre de toda religión humana: amor, reconocimiento mutuo de una fraternidad humana, vivo sentido de la unicidad y praxis de la unicidad humana en el pensamiento, los sentimientos y la vida, ideal que fue expresado por primera vez hace unos miles de años en el antiguo himno védico y que siempre debe permanecer como el más alto precepto del espíritu en nosotros para con la vida humana en la Tierra. Hasta que esto no se haya dado, la religión de la humanidad seguirá sin consumarse. Una vez dado esto, el único cambio psicológico necesario se habrá efectuado, el cambio psicológico sin el cual ninguna unidad formal y mecánica, política y administrativa puede ser real y segura. Si este solo cambio se efectúa, la unificación externa de la humanidad podría incluso no ser indispensable o, si lo es, se producirá naturalmente, no por medios catastróficos, como parece probable hasta ahora, sino por la sola insistencia de la mente humana, y tal unificación estará garantizada por una necesidad esencial de nuestra naturaleza humana, más perfeccionada y más desarrollada.

Pero es éste el dilema: si una religión de la humanidad, una religión puramente intelectual y sentimental, bastará para

provocar un cambio de tal magnitud en nuestra psicología. La debilidad de la idea intelectual, incluso cuando se apoya en un llamado a los sentimientos y las emociones, consiste en que no penetra hasta el centro del ser humano. El intelecto y los sentimientos son sólo instrumentos del ser y pueden ser o bien los instrumentos de su forma inferior y exterior o bien del hombre interior y superior: siervos del ego o canales del alma. El propósito de la religión de la humanidad se formuló en el siglo XVIII mediante una especie de intuición básica; ese propósito era y continúa siendo recrear la sociedad humana a imagen de tres ideas afines: libertad, igualdad y fraternidad. Ninguna de ellas ha sido realmente conquistada a pesar de todos los progresos. La libertad, que ha sido tan ruidosamente proclamada como esencial al progreso moderno, es una libertad externa, mecánica e irreal. La igualdad, que ha sido tan perseguida y batallada, es asimismo externa y mecánica y terminará siendo una igualdad irreal. En cuanto a la fraternidad, ni siquiera se considera como un principio práctico de organización de la vida y lo que se nos presenta como su sustituto es un principio externo y mecánico de asociación paritaria o, en el mejor de los casos, una camaradería laboral. Esto es porque la idea de humanidad en una edad intelectual ha sido obligada a enmascarar su verdadero carácter de religión, de cosa del alma y del espíritu, y a apelar a la mente vital y física del hombre y no a su ser interior. Su esfuerzo se ha limitado a intentar revolucionar las instituciones políticas y sociales y a modificar las ideas y sentimientos de la mente humana común con el fin de volver prácticas estas instituciones; ha obrado sobre el mecanismo de la vida humana y sobre la mente externa más que sobre el alma de la especie. Ha trabajado para establecer libertad, igualdad y ayuda mutua políticas, sociales y legales en el seno de una asociación paritaria.

Pero aunque estos objetivos tienen gran importancia en su

propio campo, no son el asunto central; ellos sólo pueden garantizarse cuando se fundamentan en un cambio de la naturaleza interior del hombre y en su manera interior de vivir; en sí mismos sólo tienen importancia como medios para dar una más amplia perspectiva y un mejor campo al desarrollo del hombre hacia ese cambio y, una vez alcanzado, como la manifestación exterior de una vida interior más vasta. Libertad, igualdad, fraternidad son tres divinidades del alma; no se pueden alcanzar realmente a través de los mecanismos exteriores de la sociedad ni el hombre las puede realizar mientras viva exclusivamente en el ego individual o colectivo. Cuando el ego reclama libertad, termina en un individualismo competitivo. Cuando reivindica igualdad, se topa primero con el conflicto, y luego, en un esfuerzo por ignorar las variaciones de la Naturaleza y como único medio que le da resultado, construye una sociedad artificial y mecánica. Una sociedad que persigue la libertad como su ideal es incapaz de llevar a cabo la igualdad; una sociedad que aspira a la igualdad estará obligada a sacrificar la libertad. Y para el ego hablar de fraternidad es hablar de algo opuesto a su naturaleza. Todo lo que conoce es la asociación encaminada a la búsqueda de fines egoístas comunes y lo máximo que puede alcanzar es una organización más rigurosa para la distribución pareja del trabajo, la producción, el consumo y la diversión.

No obstante, la fraternidad es la clave real del triple evangelio de la idea de humanidad. La unión de la libertad y la igualdad sólo puede lograrse mediante el poder de la fraternidad humana y no puede basarse en nada distinto. Pero la fraternidad existe sólo en el alma y por el alma; no puede existir por nada más. Pues esta fraternidad no es un asunto de parentesco físico, ni de asociación vital ni de acuerdo intelectual. Cuando el alma exige libertad, es la libertad de desarrollarse, de desarrollar el divino en el hombre y en todo su ser. Cuando demanda igualdad, lo

que está demandando es esa libertad para todos por igual y el reconocimiento de la misma alma, la misma divinidad en todos los seres humanos. Cuando pugna por fraternidad, está basando esa igual libertad de desarrollo en un objetivo común, una vida común, una unidad de pensamiento y de sentimiento fundada en el reconocimiento de esta unidad espiritual interior. De hecho, esta trinidad constituye la naturaleza misma del alma; porque la libertad, la igualdad y la unidad son los atributos eternos del Espíritu. Reconocer prácticamente esta verdad, despertar el alma en el hombre y tratar de hacerlo vivir en su alma y no en su ego es el significado más profundo de la religión, y es a ello que debe llegar la religión de la humanidad si desea consumarse plenamente en la vida de la especie.

